

23F, HISTORIA DE UNA FOTOGRAFÍA

A las cinco menos cuarto de la tarde del 23 de febrero de 1981 se abre la sesión en el Congreso de los Diputados para la investidura de Calvo Sotelo como presidente del Gobierno. Es la segunda votación, de forma que su nombramiento es una mera formalidad, porque esta vez es suficiente con una mayoría simple. No se esperan sorpresas.

Mientras hace fotos cada pocos minutos, Manuel Barriopedro, fotógrafo de la agencia EFE, piensa que va a ser una tarde aburridísima y que va para largo. Después de unos breves y previsibles discursos, los diputados votan uno a uno contestando la monótona letanía del secretario del Congreso.

Pero casi a las seis y media la votación es interrumpida y unos golpes y unos gritos despiertan su interés. Y cuando comprende que alguien está intentando entrar en la sala, lo que está terminantemente prohibido durante la votación, empuña la cámara dispuesto a hacer lo que mejor sabe: fotos.

La puerta se abre y ve a un guardia civil. A Manuel no le da tiempo a pensar qué puede significar, ya que detrás de ese primer guardia reconoce a otro. El tricornio y un enorme bigote negro no dejan lugar a dudas. El hombre que está intentando entrar en el Congreso es el teniente coronel Antonio Tejero, una cara conocida desde hace unos meses por una intentona golpista.

Además, no es momento para pensar. De hecho, Manuel no piensa en nada. Solo dispara fotos a todo lo que sucede en el congreso. Cuando lleva apenas cinco o seis, una voz le hace parar.

—¡Quieto todo el mundo!

Pero pronto retoma su trabajo. Con aplomo, con profesionalidad. Con cuidado. El general Gutiérrez Mellado, vicepresidente del gobierno, se enfrenta a los golpistas y estos se ponen nerviosos. De repente, un estruendo de disparos resuena en el Congreso. Todos se echan al suelo. Diputados, ujieres, taquígrafos. Pero Manuel sigue haciendo fotos. No es temeridad, ni siquiera valentía. No reflexiona sobre el riesgo que está corriendo, ni sobre lo que podrían hacerle los hombres armados que gritan y se despliegan por el hemiciclo. Él, simplemente, continúa haciendo su trabajo.

Tejero sube de nuevo al estrado. Manda callar incesantemente a los pocos que no lo han hecho al oír los tiros. Hace aspavientos para que le hagan caso. Levanta su mano izquierda mientras empuña una pistola en la derecha. En ese momento, Manuel hace otra foto. La foto.

Mientras tanto, todo el mundo obedece las órdenes, escondiéndose como pueden. Los diputados bajo los escaños y los reporteros encogidos sobre sí mismos en la escalera. Gutiérrez Mellado forcejea con Tejero mientras los fotógrafos son obligados a dejar sus cámaras en el suelo. Al hacerlo, la sensación de estar perdiendo un material que podría ser histórico es enorme. Insoportable. Tan insoportable que Manuel decide arriesgarse y, aprovechando los pequeños momentos de distracción del guardia que los vigila, va rebobinando a mano el carrete que sabe que está a medias en su cámara.

—Estás loco, Manuel, nos van a matar —le susurra uno de sus compañeros.

Manuel no contesta. No tiene tiempo. Solo quiere terminar su tarea cuanto antes, sin ser descubierto. Cuando termina de rebobinar, conteniendo la respiración y rezando para que su vigilante no oiga el pequeño clic que suena en la cámara, la abre y saca la película. La guarda en su mano y ahí la mantendrá durante más de dos horas.

En el hemiciclo los diputados van volviendo poco a poco a sentarse en sus asientos. Los guardias civiles se lo permiten a condición de que dejen bien a la vista las manos, pero de momento apenas salen de su escondite los miembros del gobierno, que ocupan los sillones azules, los más bajos del hemiciclo.

Al poco tiempo un murmullo se extiende por la sala, que había permanecido en absoluto silencio desde los disparos. Mientras los guardias civiles recogen las últimas cámaras de fotos y se dirigen a los fotógrafos dándoles órdenes, los diputados entienden que ha pasado el peligro inminente, o simplemente no soportan más encogidos en el suelo. Pronto, todos los políticos estarán sentados en su sillones. A los taquígrafos que estaban tumbados debajo de la mesa, en medio de la sala, también les permiten levantarse.

Cuando han pasado apenas diez minutos desde que empezó todo, una voz toma la palabra. Explica que están esperando a "la autoridad militar competente" para disponer lo que hay que hacer. No dice nada más y los diputados se intercambian miradas de escepticismo, especialmente recelosas entre los diputados del PSOE y del PCE. El portavoz de los golpistas añade que "por supuesto que no pasará nada y que pueden estar tranquilos", pero no tranquiliza a nadie.

En las escaleras donde todavía están medio encogidos, los fotógrafos cuchichean entre sí. Por una parte, admirados de la hazaña de Manuel y, por otra, temerosos de las consecuencias que su acción pueda tener. Pero, en términos generales, simplemente no pueden creer lo que ha hecho su compañero.

Poco a poco, tanto los periodistas como los diputados se atreven a comentar su situación, pero son interrumpidos constantemente por sus captores, que no les permiten hablar mucho ni hacerlo muy alto.

—No puedo creer que volvamos a empezar —dice Manuel al fotógrafo que tiene más cerca.

—Yo tampoco —le contesta—. Esta democracia apenas nos ha durado cinco años.

El guardia les manda callar. En la sala Tejero ha desaparecido. Durante las casi cuatro horas que pasarán allí, Manuel le verá entrar cada quince o veinte minutos, echar un vistazo, ver que todo está calmado, y volver a salir. Pero no sabe a dónde va. Y no le importa. Él solo tiene una idea en la cabeza: conseguir sacar del edificio el carrete que tiene en la mano y que alguna de las fotos sea lo suficientemente buena para publicar. Pero ¿dónde puede esconderlo mientras tanto?

Los minutos pasan lentamente. Todos tienen la sensación de estar aislados del mundo, de que nadie sabe lo que está sucediendo en el Congreso en ese momento, pero también son conscientes de que ellos no saben lo que está pasando fuera. No saben si el golpe ha triunfado, si ha habido violencia, si sus familias se han enterado de lo que está sucediendo allí...

Mientras piensa en una posible solución a su problema inmediato, e intentando no pensar en el lío en el que puede meterse si le encuentran el carrete, Manuel escucha a sus compañeros susurrar. Parece que algo importante está pasando, pero no sabe qué es. Uno de ellos le informa:

—Uno de los diputados de UCD tiene un transistor y está escuchando la radio

—¿Y qué dicen?

—Parece que nada. Solo se oye música militar.

—Mala señal.

—Sí, no pinta bien, no.

—He dicho que se callen —interrumpe el guardia más cercano.

Manuel repara entonces en él. Es un hombre de unos treinta años. A medida que pasa el tiempo se va poniendo más nervioso. Empieza a dar repetidos y pequeños golpes al gatillo de su arma. Y refunfuña por lo bajo. Manuel le dice:

—Perdone, pero nos está poniendo nerviosos con el arma y con el gatillo.

—Yo no tendría que estar aquí —contesta el guardia, mirándolo desafiante, como si Manuel tuviera la culpa de su situación.

—¿Qué quiere decir?

—Que tendría que estar en casa, con mi mujer y mis hijas.

—¿Y por qué ha venido? —se atreve a preguntar el fotógrafo.

—Pues porque me lo han mandado, ¿por qué si no? Vaya pregunta.

Cuando llevan más de una hora allí metidos, a Manuel le entran unas ganas tremendas de fumar. A él, que no ha fumado en su vida, ni lo volverá a hacer jamás. Pero, no sabe si por los nervios, o porque realmente es lo único que se puede hacer en ese momento, cuando le ofrecen un Ducados no lo duda. Se lo enciende y se lo fuma, formando parte así de un ritual que mantiene ocupados a todos en el hemiciclo, captores y capturados.

Y cuando van a cumplirse las dos horas de encierro, Manuel siente que ya no puede más, que necesita hacer algo con el carrete que lleva en la mano. En cualquier momento se van a dar cuenta de que no ha abierto el puño en todo ese tiempo, ni siquiera para fumar, y no sabe lo que podrían hacerle. Al cambiar la posición para intentar ponerse un poco más cómodo, sentado como está en las escaleras, descubre que sus zapatos tienen una cierta holgura, y que podría ser un buen lugar para esconder la película. Con todo el disimulo de que es capaz, sin quitar el ojo al guardia que los vigila, se esconde el carrete en el zapato y desde entonces solo piensa en no cojear cuando tenga que andar.

El ambiente parece que se relaja. Los cigarrillos corren por el Congreso a la misma velocidad que las noticias que llegan del transistor del diputado de UCD, que va informando en secreto a todos. El rumor dice que la radio ha pasado a emitir música clásica.

—Bueno, no es normalidad absoluta, pero parece que son buenas noticias —le dice un compañero.

—Sí, eso parece —contesta Manuel con un escéptico levantamiento de hombros.

—He dicho que se callen —vuelve a ordenar el guardia.

Cuando se acercan a las cuatro horas desde el inicio del golpe parece que hay novedades. Entre los compañeros que están en la escalera de enfrente hay cierto

movimiento. Parece que uno de los fotógrafos ha convencido a los guardias civiles de que ellos no tienen nada que ver con esta situación, que son simples fotógrafos, y han solicitado que los dejen salir. Un oficial sale por la puerta, sin duda a recibir órdenes, y cuando vuelve, se dirige a los reporteros:

—Ustedes pueden salir, pero las cámaras se quedan aquí. Salgan de uno en uno.

En cualquier otra situación, para un fotógrafo sería muy doloroso desprenderse de su cámara, pero esta vez todo es distinto. La mayoría solo piensa que por fin van a poder salir y terminar así su cautiverio.

Cuando le llega el turno a Manuel y a sus compañeros, el fotógrafo siente que está muy cerca de conseguirlo. Casi puede respirar el frío aire exterior, pero entonces una idea cruza por su cabeza y casi lo paraliza ¿Y si el detector de metales lo delata?

Guiados por un par de guardias armados, salen del hemiciclo. Con su reciente angustia cada vez más viva va recorriendo los pasillos del Congreso. Pasan por la cafetería, donde una montaña de armas descansa sobre una mesa mezcladas con restos de bebidas. El ambiente es de final de fiesta, y Manuel siente que todas las miradas de los guardias civiles están fijas en él. Anda lo mejor que puede, evitando cojear para no delatar su secreto.

Cuando llega a la puerta, el detector de metales le parece a Manuel el más temible de los vigilantes. Continúa andando mientras el carrito se clava cada vez más en su piel y él disimula la molestia mirando a todas partes menos al detector. Ya solo tiene delante de él a dos compañeros. El detector no ha sonado en ningún momento y Manuel tiene cada vez más confianza en poder lograrlo.

Un fotógrafo más cruza el detector y después será su turno. El sudor amenaza con delatarlo por absurdo en una fría noche de invierno en Madrid. Un guardia lo mira atentamente y lo insta a andar más rápido. Manuel decide no pensar más y avanza como le indican. Ya ni siquiera sabe si cojea o no.

Cuando le toca el turno de pasar por el detector tiene la boca completamente reseca, pero lo logra traspasar sin problemas. O no está conectado o lo han frito con todas las armas que han pasado por él a lo largo de la tarde.

En cuanto respira el aire libre del exterior siente un gran alivio, pero también es consciente de que hay que darse prisa. En ese momento no puede saberlo, pero menos de dos horas después su foto será portada de periódicos de todo el mundo, incluso antes de que acabe el golpe. Y ni la historia de España ni la vida de Manuel Barriopedro volverán a ser las que eran. Unas pocas horas han sido suficientes para cambiar para siempre el futuro de ambos. Una sola foto será suficiente para dejar un recuerdo imborrable en la memoria de todo un país.